

CADIZ 15 DE ENERO DE 1875.

Nuestros lectores saben con qué imperturbable constancia hemos venido defendiendo durante mas de seis años el derecho de la monarquía contra el hecho de la revolucion.

Aquí se nos decía, ha concluido, y ha concluido para siempre, todo poder tradicional, todo lo que no esté fundado en el derecho moderno: en el sufragio universal, en la soberanía de las muchedumbres. No hay poderes verdaderamente populares, sino los que nacen del pueblo, los que el pueblo crea, los que en el pueblo buscan exclusivamente sus condiciones de legitimidad.

¡Que mentís tan solemne está dando el país á todas esas insensatas afirmaciones de los partidos revolucionarios! Ahí teneis un Rey joven, casi niño, que viene de la emigracion, sin otra historia que la de sus ilustres antepasados, sin otros títulos que los de la institucion augusta que representa, sin otro derecho que el que le han transmitido de generacion en generacion catorce siglos de monarquía. Ahí le teneis acogido, aclamado con delirante entusiasmo, recibido en triunfo en Barcelona, en Valencia y en Madrid, siendo objeto en todas partes de las mas espontáneas é inequivocas muestras de adhesion, de respeto y de cariño.

¡No estábamos en lo cierto al decir que lo mas popular en España, lo mas arraigado en las creencias, en los sentimientos, en los hábitos y las costumbres de nuestro pueblo es precisamente ese derecho tradicional tan menospreciado, tan vilipendiado, tan locamente proscribido por la revolucion!

Entusiasmo ha habido antes de ahora, bien lo sabemos, entusiasmo que han excitado cosas y personas que nada tenían que ver con el derecho de la monarquía; pero ese entusiasmo ha respondido siempre á algo que podia impresionar é impresionaba á los pueblos por el prestigio de las ideas, por el valor de los hechos heroicos, por la gloria de las batallas. Pero ¿qué hay de comun entre ese entusiasmo, interesado, por decirlo así, en cuanto es la consecuencia de los grandes servicios y de los grandes merecimientos, y el que excita ahora, donde quiera que se presenta, un joven adolescente que por su edad nada ha hecho, nada ha podido hacer personalmente para captarse de esa manera las simpatías y el amor de millones de españoles?

¿Es por ventura que fascina y enloquece á las gentes la novedad del hecho? Pues novedad fué tambien la venida á España de D. Amadeo de Saboya, y todo el poder, y todos los esfuerzos, y toda la influencia de los hombres y de los partidos que lo trageron, no bastaron á trocar en manifestaciones de alegría la indiferencia glacial de su recibimiento.

Hay en D. Alfonso XII algo que se impone naturalmente, sin esfuerzo ni violencia, á la nación española, algo que seduce á todo el mundo, que entusiasma á los amigos y desarma á los adversarios, algo que no es el aura popular del conquistador, del caudillo afortunado, del patricio eminente, y ese algo—ya lo hemos dicho—es el derecho angustó, el derecho permanente, el derecho santo de la tradicion y de la historia.

En vano la revolucion quiso suprimirlo y lo suprimió en sus leyes, en

sus doctrinas, en su enseñanza, en su larga é infecunda propaganda. El derecho se ha levantado al fin por su propia fuerza y hasta sus mismos enemigos sienten hoy la necesidad de acatarlo y de saludar con respeto, ya que no con entusiasmo, á su legitimo representante. Así, la monarquía vuelve á ser lo que ha sido siempre en España, lazo de union para todos los partidos, poder moderador para todas las impacencias, garantía firme y segura para todos los intereses y para todas las ideas compatibles con el bienestar y la ventura de la patria.

¿No teniamos razon los que en la triste época porque acabamos de pasar, oponiamos an dia y otro dia con la fé y la constancia de nuestras convicciones, el derecho permanente de la monarquía al hecho pasajero de la revolucion!

VIAGE DEL REY.

La Epoca publica una estensa carta escrita á bordo de las Navas de Tolosa, describiendo el viage de este buque á Marsella y su vuelta á Barcelona conduciendo á S. M. el Rey. Al llegar al embarque de Alfonso XII, el correspondiente dice:

«Solemnísimo fué el momento del embarque, y estamos seguros de que los periódicos de Marsella habrán referido el espectáculo, indescriptible en verdad, presenciado por millares de personas: el muelle viejo y el muelle Napoleon estaban atestados de gente: el cañon de los fuertes saludaba al monarca, á quien su derecho, al par que la aclamacion popular, llevaban al trono: los botes de la Navas y de la Cadix, y las dos elegantes cañoneras, recibian á bordo al rey, á la comision, como á las demas personas de la comitiva, y cuando los doce marineros de la Navas sumergieron simultáneamente sus remos en el agua, una inmensa aclamacion de simpatía resonó entre las apiñadas masas de franceses, mientras los vivas de los españoles ensordecian el aire. Aquellos corazones leales estaban inspirados por un solo pensamiento: amaban á aquel joven que, nacido en España, recordaba los blasones de la monarquía, unidos á los prestigios de la desgracia; pero amaban aun mas á su país, y creian con sinceridad que la libertad no es posible sino cuando se apoya en un poder superior á las luchas de los partidos.

Los botes escoltados por las cañoneras seguian bogando, el cañon no habia cesado de zumbar, ni desguarneciéndose los muelles, cuando se dió vista á la fragata la Navas de Tolosa. Del pecho del joven rey, aunque tan dueño de sí mismo, como del de todos los que le acompañaban, escapó un grito de admiracion: anclada fuera del puerto, la bella nave española, la hija querida de su comandante el señor Yolí, aparecía empavesada desde la mesana á los topes; la numerosa tripulacion repartida en las gavias, solo esperaba que el rey se aproximara, para dar los vivas de ordenanza: pero los cañones se oyen desde mas lejos, y á cada imponente estampido, blancas nubes de humo formaban caprichosas figuras alrededor de la fragata: el mar estaba como un espejo, cosa poco frecuente en esta estacion, y un cielo espléndido alumbraba la toma de posesion de Alfonso XII de una nave española. ¡España por Alfonso XII! oímos gritar al señor Escobar cuando el rey ponía el pié en la cubierta del barco, y ¡viva el rey! gritaron repetidas veces los marineros, encaramados en los palos, y los acompañantes de D. Alfonso. Era para la marina un noble desquite que ella la primera contara en su seno al rey legitimo; era un próspero augurio la mansedumbre de las aguas del golfo; era, en fin, una promesa de aquel reinado próspero la presencia de aquel agraciado joven, que con mirada risueña y ocultando su emo-

cion, cruzaba el puente de la fragata bautizada con un nombre que representaba una gran gloria.»

Sentimos no poder reproducir por falta de espacio todos los detalles del viage, que contiene la carta á que nos referimos.

La comision de Barcelona fué á felicitar al Rey embarcándose al efecto en el vapor Jaime II que abordó á las Navas en el mar y en el confin de la provincia. El Diario de Barcelona del 9, dá noticia de los discursos pronunciados al presentarse la comision y el gobernador de la provincia á S. M. el Rey:

«S. M., (añade) despues de haber permanecido mas de media hora conferenciando á solas con el señor gobernador interino D. José Vilaseca, invitó á los comisionados á subir al alcázar de popa mientras el buque iba acercándose á la boca del puerto y allí les habió con toda familiaridad, al propio tiempo que con la natural gravedad de monarca, haciéndoles cubrir, y evidenció en su conversacion su erudicion nada comun.

Al pasar la boca del puerto las Navas ha hecho una salva y la marinería daba vivas á S. M. desde las vergas de la fragata, la cual estaba empavesada y tenia en el tope del palo mayor el pendon real de Castilla, contestando Monjaich, los demás fuertes, la fragata Zaragoza y demás buques de guerra. Dentro del puerto veíanse los buques empavesados, y al momento se han colocado alrededor de S. M. cuatro barcas pescadoras, cuyos tripulantes llevaban los trajes propios del país con sus gorras encarnadas, las lanchas ó botes de los clubs de regatas y de varios particulares.

Tan pronto como ha dado fondo el buque que conducía al monarca, ha ido á felicitarle el excelentísimo señor capitán general de este ejército y distrito, D. Arsenio Martínez de Campos, acompañado de varios otros generales, entre ellos los Sres. Barraquer y Figuerola. S. M. conferenció tambien largo rato con el Sr. Martínez de Campos. Entre tanto ha llegado el vapor mercante Vinuesa, procedente de Sevilla, y los pasajeros y tripulacion han dado entusiasmas vivas á S. M.: al pasar junto á la Navas de Tolosa. Otro tanto se ha hecho en el vapor de guerra S. Antonio, que procedía de Valencia.

Despues de haber recibido á otras autoridades y personas notables, entre ellas varios individuos de la nobleza, gentiles-hombres de S. M., dejó la gorra de colegial, que aun llevaba, y cubierta la cabeza con el ros, llevando los entorchados de capitán general, se ha embarcado en la falía de gala que se le tenía preparada, y mientras los buques de guerra y los fuertes hacian las tres salvas de ordenanza, se ha dirigido al desembarcadero de la plaza de la Paz, acompañado de las autoridades, comisiones y personas distinguidas que habia á bordo de la fragata.»

El mismo periódico en su número del dia 10 describe así la entrada del Rey en la ciudad:

«Apenas el rey D. Alfonso puso el pié en el desembarcadero de la plaza de la Paz, los cañones de Atarazanas hicieron salvas, y la escena que en aquel instante pasó no puede describirse con toda su grandiosidad y con el entusiasmo que en ella resplandecía. El muy ilustre señor alcalde constitucional, señor marqués de Cintadilla, dijo á S. M. en breves frases que Barcelona no olvidaría jamás la honra que le habia cabido al ser la primera ciudad española que le habia recibido como rey de España, y que tras largos años de dolores y desgracias veía en él el iris de paz que la habia de traer la bienandanza.

El rey, en seguida, con voz entera contestó al señor alcalde que se felicitaba de haber desembarcado en Barcelona, porque conocía los altos hechos de sus condes, cuyo título se gloriaba de llevar, y porque sabía que en el mundo civilizado gozaba con justicia fama de

ciudad industrial, siendo de las primeras en señalarse en todos los ramos de la actividad humana. El rey habia manifestado ya antes su propósito de visitar en otra ocasion á Barcelona para poderse detener en ella con el espacio que deseaba.

Terminado este discurso, S. M., en medio de los atronadores vivas, llegó al caballo que se le tenía preparado, arrogante corcel andaluz, blanco, ricamente ataviado con una silla azul de ordenanza en que se leía la cifra A. XII bordada en oro, con los tres entorchados de capitán general de ejército. El rey vestía uniforme de capitán general en campaña, y á caballo excitaba entusiasmo general por su gallarda apostura.

Todas las calles ofrecían un animado espectáculo y las colgaduras que adornaban las casas producian un brillantísimo efecto. Al avistarse al rey los vivas se oían calurosos y repetidos, de manera que toda la carrera puede decirse que fué una ovacion continuada.

Al pasar S. M. el rey, y sin que cesaran un instante los vivas, se echaron á volar palomas, las damas le arrojaban flores y le fué ofrecido un rico ramillete; demostraciones todas que probaban la fuerza del verdadero sentimiento monárquico avivado por la presencia de un rey joven, heredero de las glorias que nuestra patria ha conquistado mientras ha permanecido fiel al trono de sus antiguos monarcas.

Enfrente de la antiquísima capilla de Santa Lucia el clero catedral, con cruz alta y la vera-cruz, esperaba á S. M. el rey. Desde este punto hasta la entrada de la santa basilica la calle estaba alfombrada. Al llegar el rey D. Alfonso XII descabalgó en seguida, y apejias hubo puesto el pié en tierra adoró reverentemente la Sagrada Cruz, y fué desde luego colocado bajo el palio que allí se hallaba dispuesto y cuyas varas sostenian otros tantos señores concejales. En esta conformidad, el rey se dirigió á pié á nuestra santa iglesia catedral en medio de los vítores que daban las gentes del concurso.

Luego que el rey D. Alfonso hubo llegado al presbiterio, el clero catedral entonó el *Te Deum laudamus*.

Al atravesar S. M. el dintel de las Casas consistoriales, nuevos vivas resonaron en el vestibulo y en el patio, donde estaba formada la guardia de honor, que era del primer regimiento de artillería con música y bandera, y la guardia municipal. Al pié de la escalera de la derecha, que estaba completamente alfombrada, aguardaba al rey el señor regente de la real Audiencia, el fiscal de S. M. y los señores magistrados, vestidos de toga. Detrás del monarca siguieron el señor marqués de Molins, el capitán general, el señor gobernador accidental, el señor alcalde ayuntamiento y diputacion. S. M. pasó al consistorio nuevo y allí almorzó en compañía de la servidumbre y de las autoridades de la provincia. Luego presenció S. M. desde uno de los balcones de la Casa consistorial, en el que á su llegada habia aparecido un momento, el desfile de las tropas que formaban en la carrera.

Mas tarde recibió S. M. las comisiones de corporaciones de esta capital, de la diputacion de Gerona y Tarragona y ayuntamientos de estas últimas ciudades y de otras poblaciones de este Principado.»

Hay que añadir á estos interesantes pormenores los siguientes que desde Barcelona comunican á la Epoca en carta del dia 9.

«Nunca habia presenciado un triunfo tan brillante y tan completo. El rey D. Alfonso ha debido sentir una satisfaccion verdaderamente grande al verse agasajado por el pueblo de un modo tal, que ha superado á cuanto nos habiamos creído, hasta los que como yo, hemos sido siempre sus mas ardientes y leales partidarios.

El rey era saludado con vítores y aclamaciones continuas desde la plaza de la Paz hasta la catedral, y la muchedumbre era tan compacta, que no

